

©Psicología sin Fronteras
Revista Electrónica de Intervención Psicosocial y Psicología Comunitaria
2006, Vol. 1, Nº 2, Agosto (2006), pp. 38-40
ISSN 1851-3441

Chechenia: Guerra en silencio

Aida Dominguez¹

Resumen. El artículo se basa en algunas impresiones y reflexiones sobre diversos aspectos de la situación política y humanitaria en Chechenia, así como sobre la implicación social y política de las actividades de los cooperantes y las organizaciones no-gubernamentales que trabajan en el Cáucaso del Norte.

Palabras clave. Ayuda humanitaria. Conflicto. Chechenia

Abstract. The article is based on some impressions and thoughts on diverse aspects of the political and humanitarian situation in Chechnya, as well as on the social and political implication of the activities of the humanitarian aid workers and the nongovernmental organizations that work in the Northern Caucasus.

Keywords. Humanitarian aid. Conflict. Chechnya

Cruzar el famoso y temible puesto de control militar "KPP Kavkaz" significa entrar en un mundo donde cualquier comprensión humana de nuestro mundo habitual, por más alocado o marginal que sea, no puede ofrecer un marco suficiente para quien intente entender lo que ocurre. El razonamiento queda fuera de juego, porque los elementos habituales cambian de color y forma sobre la marcha haciendo imposible cualquier operación lógica. Las reglas de nuestro mundo, "si a, entonces b" no existen, ni ninguna variante cultural del tipo "si a, entonces d o f" que nos facilite el intento de comprensión. Y uno, después de querer entender lo que sobrepasa el entendimiento, después de intentar orientarse en un remolino en movimiento y en un juego de quitar máscaras donde no hay más que máscaras, empieza a preguntarse sobre sí mismo, sobre el lugar de donde viene y cómo ha empezado a pensar "si a, entonces b". Infinitos análisis políticos, artículos, libros, expertos a distancia y discursos multicolor envuelven esa silenciosa realidad de terror y barro y de mercado diario de vida o muerte. Bienvenidos a Chechenia.

Recuerdo claramente mi primer viaje hacia Grozny en calidad de cooperante "muy-puesto-al-día" que intenta hacer un "análisis de la realidad" para adaptar un proyecto a la "demanda de ayuda" de la población chechena. Hasta entonces, había leído bastante sobre Chechenia y la situación actual, hablado con refugiados chechenos de diversos bandos, con gente que había estado y trabajado allí y que generosamente compartieron su experiencia. Creí haber entendido que no hay norte, que los esquemas de guerra de blancos y negros, y, más aún, de bandos claramente diferenciados y opuestos, son inútiles, que el conflicto visto desde aquí es una amalgama de grupúsculos chechenos camaleónicos entremezclados con fuerzas de seguridad federales (o sea, de la Federación Rusa) y locales, todo en un fondo de trajes militares de reclutas rusos de pueblo que sueñan con que su madre les saque de ese infierno y mercenarios federales de treinta y tantos pensando en el modelo de coche se van a comprar con la fortuna que ganan con secuestros y extorsión...

¿Guerra? ¿Quién ha dicho guerra? ¿Qué guerra? En Chechenia, señoras y señores, no hay guerra. Hay grupos de terroristas y delincuentes y fuerzas estatales que intentan restablecer el orden en una operación antiterrorista. Eso es lo que hay. Y punto.

¹ Este artículo fue escrito en otoño del año 2002. La ONG que me brindó la oportunidad de visitar Chechenia entre 2001 y 2005 ya no trabaja más en el Cáucaso del Norte. Fue expulsada por el Servicio Federal de Seguridad (heredero de la antigua KGB) por "apoyo a terroristas", sentencia que no requiere ninguna demostración empírica y que no es más que una forma establecida de designar a los que no colaboran con las fuerzas políticas y de seguridad consonantes con El Kremlin. Desde entonces, la situación en Chechenia se ha silenciado bajo los rótulos contradictorios, a cada cual más falso, de "lucha contra el terrorismo internacional" y "proceso de normalización de Chechenia", si bien las muertes, secuestros, torturas y arbitrariedades siguen estando al orden del día.
project.sakina@yahoo.com

Omitiendo las interesantes y maquiavélicas maquinaciones de la geopolítica internacional que tan poco explican una vez inmerso en la sucia y opaca realidad cotidiana en Chechenia, lo poco que uno llega a entender después de meses en el Cáucaso es que la guerra es guerra y el negocio-negocio, que en la guerra hay contrarios, o se crean e inventan, humillan, matan, torturan y odian, mientras que en el negocio somos socios que se dan la mano, hablan, sonríen, opinan y acuerdan. Hoy me vendes el arma y mañana te pego un tiro, ésas son las reglas de este juego.

Suena el teléfono. Lllaman del periódico The Moscow Times preguntado por la psicóloga chechena de nuestra organización. Estamos a finales de octubre 2002, un grupo chechenos, mujeres y hombres, acaba de tomar rehenes a cientos de espectadores de un musical en la capital rusa. La información en los medios es caótica, contradictoria, turbia y manipulada. Lo que se difunde es que un joven checheno de veintitrés años, Movsar Baráiev, cuyo apellido original era Suleimenov, y que como en su día anunciaron las autoridades rusas murió (por primera vez) en agosto de ese año y (una segunda) en septiembre, ha asaltado con su grupo el teatro y pide la retirada de tropas federales de Chechenia (para morir, al parecer, por vez tercera y definitiva). El periodista le pregunta a qué alteración psicológica se puede deber el comportamiento del joven Movsar y su grupo de hombres y mujeres, esperando una explicación psicológica en toda regla. Hagan la cuenta atrás, responde ella. Si Movsar hoy tiene veintitrés años, es decir, tenía unos doce años cuando empezó el proceso de independencia de Chechenia. Y luego la primera guerra, que se saldó con una extraña derrota de las tropas rusas, seguida por el caos, inseguridad y batallitas de los señores de guerra de distintos clanes, teñidas de contrabando de armas, banderas verdes y propaganda fundamentalista islámica bien pagada desde el extranjero. Y ahora la segunda contienda, que ya ni es guerra, que es un negocio de armas, de secuestrados, un mercado de lo que no se compra, un espectáculo de expolio y terror hacia la población civil y todo eso en un mar de mentiras, extorsión de información, medios de comunicación sesgados... Sin objetividad, sin justicia, sin posibilidad de parar esta silenciosa guerra que se cobra cada día vidas de civiles y siembra cadáveres decapitados en medio de los campos. "¿Me puede decir qué es lo que ha visto ese joven desde su infancia? ¿Cómo quiere que sea un ciudadano corriente con nociones de ley y justicia?" Casi le cuelgan el teléfono, descontentos por el rumbo que ha tomado la respuesta.

En realidad, no dijo ni la mitad de lo que pudo haber dicho. Porque no lo puede decir, porque estamos no sólo en una sigilosa guerra que oficialmente nunca ha existido, sino que estamos en una vuelta enmascarada y perversa a los viejos tiempos soviéticos de espías, servicios de seguridad y verdad oficial. Y la gente, sin darse explícitamente cuenta de la vuelta a los viejos tiempos, casi por instinto biológico deja de hablar, de quejarse, de opinar. Como antes, como siempre.

El viaje empieza por KPP Kavkaz, en el que los soldados pagan miles de dólares por estar asignados especialmente a ese puesto de control, ya que mensualmente la cantidad que reciben de extorsiones a civiles, comerciantes y organizaciones superan la inversión inicial. Hombres de negocios en camuflaje. Todas las organizaciones humanitarias, tal vez por unas mal comprendidas medidas de seguridad o intentando demostrar que todos nos mantenemos en el marco de una legalidad que no existe, pagan en dinero o en especie (madera, harina, mantas, etc.) en los numerosos puestos de control militares que vigilan los caminos por llegar a su destino en Chechenia. Obviamente, esos soldados no son de los que se enternecen pensando en la tragedia que espera a doce mil familias si no llega la carga de ayuda humanitaria a Grozny o qué difícil es escolarizar a niños sin libros de texto.

Habría que hacer un nuevo diccionario para este momento, algunos términos que habría que redefinir es guerra, control, terrorista, estado, justicia, negocio, ayuda y palabra, entre otras. Control, por ejemplo, refiriéndonos a "aquello que se supone que se realiza en los puntos donde hay una congregación de hombres vestidos de camuflaje", por describirlo de la forma más universal posible, se podría describir en términos monetarios, de autoridad y amenaza. Es decir, si un checheno lleva una pistola ilegal, lo aconsejable es decir de antemano al soldado ruso de turno: "Yo que tú no miraba el maletero." Él decide, si seguir el juego o si mejor no empezar mal el día. Luego hay toda una variedad de opciones, según su estómago y ánimo de juego. Puede empezar desde amenazas personales al soldado, traducible a nuestro "sé donde vives", o elegir un tono más dócil explicando que el soldado no necesita problemas, nadie los necesita, nadie ha elegido estar en esta guerra sucia (= no guerra), si total, no tiene ningún sentido, y mejor que salgamos todos vivos. U optar por la estrategia más rápida, clara y amistosa: darle unos veinte o cincuenta rublos para que no abra el maletero. O una botella de vodka. Y todos contentos.

El negocio ablanda a la gente. Mujeres soldados rusas en los puestos de control, semiborrachas, pidiendo a chechenos que les traigan cerveza. Y cortejándoles con cumplidos sobre su valentía y virilidad.

Soldaditos malnutridos y mal vestidos, algunos en zapatillas, cambiando munición por comida y ropa. Mercenarios, padres de familia de camuflaje, preocupados por llevarles algo a sus hijos a casa, mirando con interés peluches que lleva la gente en sus coches. Si vas a Grozny, protege a tu peluche, dice la tradicional ranchera chechena... Bromitas, bromitas.

Aparte de lo que se supone que hace un cooperante, proyectos, coordinación, relaciones públicas, etc., el trabajo en el Cáucaso está teñido de matices "muy arriesgados", que a los hombres expatriados de ONG's crea fama de héroes en sus países de procedencia y a las mujeres cooperantes, de aventureras locas. Hasta en eso hay sexismo. Los resultados de proyectos que uno presenta en los informes, claros, limpios y que pretenden tener una utilidad prácticamente incuestionable, son el punto del iceberg de decenas de personas trabajando a diario en tiendas de campaña militares para niños refugiados, repartiendo ayuda humanitaria o reconstruyendo el edificio destruido en Grozny, aguantando las vejaciones y humillaciones en los infinitos puntos de control de ya no se sabe qué. Y de personas que deambulan por la ciudad y los recovecos más escondidos entre hombres armados con ideología y sin ella para saber cuáles son sus planes, sus proyectos, e intentar que nuestro rumbo no se cruce con el suyo y que la organización no esté donde y cuando no deba estar. Y curiosamente, es gracias a ese rondar en el subsuelo que uno puede trabajar, viajar a Grozny, llevar a cabo proyectos, realizar sueños de niños como celebrar el Año Nuevo entorno a un árbol de Navidad (una de las múltiples paradojas de los musulmanes soviéticos) y contribuir al mínimo de decencia que un civil puede tener hoy en Chechenia.

Tras la fachada del trabajo humanitario tan parecido en otras partes por su estructura y contenido está la trama chicago-años-veinte, con sus reglas específicas de hombres de palabra, soldados y bandidos, que sostiene como una telaraña la actividad de toda la organización. Y de cara al público, agencias de la ONU otorgando subvenciones, ONG's trabajando en sus proyectos, analizando factores externos sobre los que no se puede escribir, teniendo insumos que no se pueden incluir en un proyecto, y realizando actividades con sus respectivos indicadores de éxito que sobrepasan generosamente cierta legalidad. Palabra que aquí, en realidad, no tiene sentido. Y mientras tanto, altos representantes de las agencias internacionales y de las ONG's se siguen reuniendo con las autoridades federales y chechenas para no hablar de lo que no hay, para callar sobre esta guerra.

Post Scriptum:

Este artículo fue escrito en otoño del año 2002. La ONG que me brindó la oportunidad de visitar Chechenia entre 2001 y 2005 ya no trabaja más en el Cáucaso del Norte. Fue expulsada por el Servicio Federal de Seguridad (heredero de la antigua KGB) por "apoyo a terroristas", sentencia que no requiere ninguna demostración empírica y que no es más que una forma establecida de designar a los que no colaboran con las fuerzas políticas y de seguridad consonantes con El Kremlin. Desde entonces, la situación en Chechenia se ha silenciado bajo los rótulos contradictorios, a cada cual más falso, de "lucha contra el terrorismo internacional" y "proceso de normalización de Chechenia", si bien las muertes, secuestros, torturas y arbitrariedades siguen estando al orden del día.